

tricion; y de la misma manera no todos los justos llegan á participar la alegría de la resurreccion, sino aquellos que han roto sus corazones con el afecto compasivo de la pasion, conforme á lo que dice el Apóstol: *Si compatimur, ut et glorificemur: con tal que padezcamos con Cristo, para ser con él glorificados* (1).

4. La segunda es, la diferencia entre la resurreccion espiritual perfecta y la imperfecta; porque los imperfectos resucitan, sacando consigo sus mortajas, como salió Lázaro vendado con sus fajas y sudario (2); porque salen con las reliquias de la vida vieja, que son los hábitos y costumbres viciosas, y pasiones desconcertadas; y por consiguiente salen con peligro de recaer y volver á morir, si no se desatan y desnudan con la mortificacion de estas vestiduras de su mortalidad y vejez espiritual. Pero los muy perfectos, á imitacion de su capitán Jesús, que dejó la sábana y el sudario en el sepulcro, resucitan con nuevo fervor, dejando todas estas vestiduras de muertos, y vistiéndose las nuevas de la vida eterna, despojándose del hombre viejo y de sus obras, y vistiéndose del nuevo; renovados todos con perfecta santidad. O gloriosísimo Triunfador, hazme participante de tu pasion, para que tambien lo sea de tu resurreccion; resucite yo contigo, no como resucitó Lázaro, y resucitaron otros para tornar otra vez á morir, sino como tú resucitaste, á una vida nueva (3), para nunca mas morir muerte de culpa; padezca mucho mi cuerpo, para que se haga impasible mi alma; cúbrame de ignominia exterior, para que resplandezca mi espíritu con luz interior, y sea ágil y pronto en obedecerte, para que despues de esta vida llegue á gozarte. Amen.

MEDITACION III.

DE LA APARICION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Á SU MADRE SANTÍSIMA, Y COMO LOS ÁNGELES MANIFESTARON LA RESURRECCION Á LAS MUJERES.

PUNTO PRIMERO. — 1. Despues que Cristo nuestro Señor resucitó, quiso manifestar al mundo su resurreccion, para que muchos gozasen los frutos de ella. Esta manifestacion hizo tres vías (4): Una fué por medio de los santos que resucitaron con él, los cuales, como dice san Mateo: *Vinieron á la ciudad de Jerusalem, y aparecieron á muchos* (5), predicándoles, sin duda, como el que fué crucifi-

(1) Rom. VIII, 17. — (2) Joan. XI, 4. — (3) Rom. VI, 9. — (4) D. Thom. 3 p. q. 53. — (5) Matth. XXVII, 53.

cado era el verdadero Mesías y Rey de Israel, Salvador del mundo, y era ya resucitado. Y es de creer que entre otros aparecieron á José de Arimathia y á Nicodemus, consolándolos y confirmandolos en la fe de su Maestro. Para esto tambien envió Angeles, los cuales manifestaron su resurreccion á las devotas mujeres que iban á ungirle, dándolas nuevas de ella, y mostrándolas el sepulcro.

2. Pero no contento con esto, el mismo Cristo nuestro Señor quiso por sí mismo manifestarse á sus amigos, para descubrir mas la grandeza de su caridad. Por lo cual, aunque en resucitando habia de subirse al cielo empíreo, que era el lugar debido á los cuerpos glorificados, quiso quedarse en el mundo algunos dias, y como buen pastor recoger su ganado, sin fiar esto de otro, consolando á sus discípulos, y enseñándoles muchas cosas del reino del cielo, y manifestándoles á sí mismo ya glorificado, para que como testigos de vista pudiesen predicar su resurreccion. Ó Rey de gloria, alámente los Angeles y los hombres, por el grande amor que nos muestras. No era digno el mundo de que estuvieses en él un momento despues de resucitado, pero la caridad que te detuvo casi cuarenta horas en el limbo, te detiene cuarenta dias en la tierra para purificarla y honrarla con tu presencia, y descubrirnos que no has mudado la condicion con la mudanza de la vida, ni te has olvidado en la prosperidad de los que te acompañaron en la adversidad.

3. De aquí he de sacar, espiritualizando lo que se ha dicho, como Cristo nuestro Señor tiene tres caminos para manifestarnos sus misterios y para consolarnos y enseñarnos. — Uno, por medio de hombres santos que han resucitado con él, y conocen por experiencia la suavidad y grandezas de Dios, los cuales con santo celo descubren á otros lo que saben, para que Dios sea conocido y glorificado. — Otro camino es por los Angeles, los cuales con secretas ilustraciones nos alumbran, enseñan y consuelan, y nos ayudan á quitar las dificultades que tenemos para no gozar de Cristo glorificado. — El tercer camino es por sí mismo, hablándonos al corazon y dándonos interiores testimonios de su divina presencia, y esto hace con los mas queridos discípulos, cumpliendo con ellos en esta vida lo que dijo en el sermon de la cena: *El que me ama será amado de mi Padre, y yo le amaré y le manifestaré á mi mismo* (1). Ó Amado mio, ámete yo de todo corazon, pues tan grande bien es amarte, que amas á quien te ama, y le descubres quién eres, para encenderle mas en tu amor.

(1) Joan. XIV, 21.

PUNTO SEGUNDO.—1. La primera visita y aparicion que quiso hacer Cristo nuestro Señor, fué á su Madre santísima, la cual estaba grandemente afligida por su pasion, aunque con viva fe y esperanza de su resurreccion, y como vió que entraba ya el tercer dia, puesta en una alta contemplacion, con grandes ansias y suspiros pediría á su Hijo que apresurase su venida, queriendo como leona despartar con sus bramidos al leon de Judá (1), que estaba dormido en el sepulcro. Diríale aquellas palabras del salmo: *Exurge gloria mea, exurge psalterium et cithara: levántate, gloria mia, y resucita; sal glorificado de este sepulcro para glorificarnos á todos; levántate, salterio y citara mia* (2); sal de esta caja donde estás metido, y alegra con tu música á los que por tu causa estamos en tristeza. Tú dijiste: *Exurgam diluculo*, que resucitarías al amanecer del dia. Ven, ó Sol de justicia, antes que nazca el sol de la tierra, y con tu luz destierra las tinieblas de ella.

2. Estando la Virgen con estos deseos, entró Cristo nuestro Señor, acompañado de aquellos tres lucidísimos ejércitos que tenia consigo; uno de Ángeles, otro de almas, y otro de cuerpos glorificados, y manifestósele con toda la gloria y caridad que tenia, confortando su vista, así del cuerpo como del alma, para que pudiese verle y gozarle. ¡Oh qué contenta, qué harta, qué glorificada quedaría la Virgen con tan gloriosa visita, cumpliéndose en parte lo que está escrito: *Hartarme he cuando apareciere tu gloria* (3)! ¡Oh qué dulces abrazos se darian el Hijo y la Madre, y qué dulces coloquios tendrían entre sí! Besaría la Virgen aquellas preciosísimas llagas del Hijo, sacando de estas fuentes copiosísimos arroyos de consuelo, así como antes los había sacado de desconsuelo; porque á la medida de los dolores, suele Dios dar las consolaciones (4). Luego llegó aquella ilustrísima compañía á darla el parabien, y á reconocerla por Madre de su Dios y de su libertador, dándole gracias por el trabajo que había puesto en la obra de su redencion. ¡Oh qué nueva alegría tendría la Virgen, viendo el fruto de la pasion del Hijo, y tantas almas rescatadas con ella! daría el parabien á su Hijo de esta ganancia, y los Ángeles solemnizarían esta fiesta con alguna música celestial, á gloria del Hijo y de la Madre.

3. Finalmente, despues que Cristo nuestro Señor estuvo gran rato con su Madre, descubriéndola grandes secretos del cielo, y diciéndola como estaria en el mundo algunos dias, y la visitaría otras muchas veces, se despidió de ella, quedando la Virgen consoladísima.

(1) Genes. XLVI, 9.—(2) Psalm. LVI, 9.—(3) Psalm. XVI, 13.—(4) Psalm. XCIII, 19.

ma de esta visita, pero guardóla para sí con gran silencio, así como tuvo secreto el misterio de la encarnacion, sin quererle descubrir á su esposo san José, hasta que un Ángel se lo reveló. Tambien ahora calló la visita de Cristo resucitado, sin decirlo á los Apóstoles, ni á las mujeres, hasta que los Ángeles ó el mismo Cristo se lo manifestasen. Ó Virgen soberana, sea para bien el Hijo resucitado. Reina del cielo, alegraos, aleluya, porque el que trajisteis en vuestro vientre, aleluya, ha resucitado como dijo, aleluya, rogad por nosotros, aleluya, haciéndonos participantes de la eterna aleluya que se canta en las plazas de la celestial Jerusalem. Amen (1).

PUNTO TERCERO.—1. En este mismo tiempo quiso Cristo nuestro Señor, por medio de sus Ángeles, manifestar su resurreccion á las devotas mujeres que le habían seguido, cuya devocion declaran primeramente los Evangelistas, diciendo: *María Magdalena, y María Jacobi, y otras devotas mujeres, habiendo estado en quietud todo el sábado por reverencia de la fiesta, madrugaron el domingo antes de amanecer, y con sus especies aromáticas caminaron de noche al sepulcro, diciendo: ¿Quién nos quitará la piedra de la puerta del sepulcro* (2)? En estas mujeres se nos representa la devocion con que hemos de buscar á Cristo nuestro Señor, acompañada de las virtudes que ellas ejercitaron.—La primera fué, obediencia á la ley, porque con tener gran deseo de ungió el cuerpo de Cristo nuestro Señor, no quisieron hacerlo en la fiesta, por no ir contra el precepto; enseñándonos que por título de piedad no se ha de faltar en la obediencia.

2. La segunda fué, diligencia grande en madrugar antes del dia, y con ser las mujeres naturalmente temerosas, no temieron salir y caminar de noche, por cumplir el deseo que tenían de hacer este servicio á su Maestro. Con esta diligencia quiere ser buscada la divina Sabiduría encarnada, que dijo: *Los que de mañana madrugaren para buscarme, me hallarán* (3). Y si deseo el maná de los celestiales consuelos, tengo de madrugar antes de salir el sol á cogerle, porque los perezosos no le hallan, y los diligentes le gozan (4).—La tercera fué, confianza en Dios y perseverancia en el bien, sin dejarle por temor de las dificultades; porque con saber estas mujeres que no podían quitar la grande losa que cerraba el sepulcro, prosiguieron su camino, confiando en nuestro Señor les depararía medio para ello; y así cuando llegaron la hallaron quitada en premio de su confianza, porque no falta la divina Providencia á los que de esta manera esperan en Dios en cosas de su servicio.

(1) Tob. XIII, 22.—(2) Matth. XXVIII, 1; Marc. XVI, 1; Luc. XXIII, 56; Joan. XX, 1.

(3) Prov. VIII, 17.—(4) Sap. XVI, 28.

PUNTO CUARTO.—1. El modo como esto pasó declaran los Evangelistas, diciendo: *Á deshora sucedió un grande terremoto; porque el Ángel del Señor vino del cielo, y quitó la piedra del sepulcro, y sentóse sobre ella; su vista era como un relámpago; sus vestiduras eran blancas como la nieve, y puso tanto espanto á las guardas, que quedaron como muertas. Llegando las mujeres al sepulcro, y viendo quitada la piedra, entraron dentro atemorizadas con la vista del Ángel; él las dijo: No queráis temer, ¿buscáis á Jesús Nazareno crucificado? ya ha resucitado, no está aquí, venid y ved el lugar donde le habian puesto (1).* En lo cual se ha de ponderar la majestad de este Ángel y su hermosura y poder, así en el terrible terremoto que causó, como en la facilidad con que revolvió aquella grande piedra del sepulcro, causando grande temor en malos y buenos, aunque en diferente manera, porque á los soldados, como malos, postró en tierra, dejándolos sin sentido, para que no gozasen de tanto bien; pero á las devotas mujeres consoló diciéndolas: *No queráis temer vosotras. Como quien dice: Estas guardas teman, porque son malas; vosotras no temais ni os congojeis, porque vengo á daros buenas nuevas de la resurreccion del Señor á quien buscáis.*

2. Luego ponderaré aquel nuevo renombre que el Ángel da á Cristo nuestro Señor llamándole Jesús Nazareno crucificado, como quien sabia la condicion de nuestro buen Jesús, que es preciarse de sus desprecios, y honrarse de haber sido crucificado por nosotros. Ó dulce Jesús Nazareno y crucificado, y nunca tan Nazareno como cuando crucificado, porque en la cruz brotaste las flores de tus virtudes y los frutos de nuestra santificacion, de los cuales gozas en tu gloriosa resurreccion. ¡Oh quién te buscasse con tanto fervor, que no me preciase de saber otra cosa que á Cristo, y ese crucificado! Ó Ángel benditísimo, venid en mi ayuda, *fortalecedme con estas flores, fortificadme con estos frutos, porque estoy enfermo de amor, deseando ver á Jesús Nazareno, que fué por mí crucificado (2).*

3. Lo tercero, ponderaré como estas mujeres por su corta fe no eran dignas de que Cristo nuestro Señor se les apareciese; y así el Ángel las disponia para ello con avivar su fe, diciéndolas: *Entrad y ved el lugar donde le pusieron, y por aquí creeréis ser verdad que ha resucitado. Tambien avivó su caridad, diciéndolas que con presteza fuesen á dar noticia de esto á los Apóstoles y á Pedro (3), nombrándole en particular, porque no se tuviese por desamparado á causa de sus negaciones, pues por haberlas llorado era digno de este consuelo. De donde sacaré como la dilacion de ver á Cristo nuestro*

(1) Marc. xvi, 4. — (2) Cant. ii, 5. — (3) Marc. xvi, 7.

Señor, y gozar de su dulce presencia, viene muchas veces por la falta de nuestra fe y por nuestra poca disposicion; y así tengo de alentarme á procurar aumento de las virtudes que me disponen para verle, no desmayando por haber sido pecador, pues á Pedro se dan esperanzas de esta vista.

4. Últimamente, ponderaré como entrando estas devotas mujeres en lo mas interior del sepulcro, *vieron dos Ángeles con vestiduras muy resplandecientes con cuya vista temieron, inclinando sus rostros á la tierra; y ellos las dijeron: ¿Para qué buscáis al vivo entre los muertos? No está aquí, ya ha resucitado: acordaos de lo que os dijo estando en Galilea; que convenia ser el Hijo del hombre entregado en manos de los pecadores, y ser crucificado, y resucitar al tercer dia. Y acordándose de estas palabras, se volvieron con temor y con gozo de lo que habian oido y visto (1).* En lo cual se representa como la perseverancia en la devocion con Cristo, es digna de nuevos consuelos. Primero vieron estas mujeres un Ángel, y perseverando en su demanda, vieron otros dos que les dijeron lo mismo, confirmándolas en la fe con un modo de reprehension amorosa, como quien dice: *¿Para qué porfiais en buscar entre los muertos al que está ya vivo y resucitado? Y tambien se ha de ponderar, como es propio de los Ángeles traernos á la memoria las palabras de Cristo nuestro Señor, y con ellas enseñarnos y consolarnos, confirmando nuestra fe, alentando nuestra esperanza y atizando nuestra caridad, para que nos hagamos dignos de verle glorificado. Ó Ángeles bienaventurados, á quien Dios ha dado cuidado de las almas, si viéredes que la mia busca al vivo entre los muertos, buscando á Cristo entre las cosas muertas de este siglo, reprendedla, y enderezadla para que le busque á donde está, que es en la tierra de los vivos, reinando con los suyos por todos los siglos. Amen.*

MEDITACION IV.

DE LA APARICION Á LA MAGDALENA.

PUNTO PRIMERO.—*Habiendo dado estas devotas mujeres el recado de los Ángeles á los Apóstoles, volvieron todas segunda vez al sepulcro, y entonces, como dice san Marcos, Cristo nuestro Señor se apareció primero á la Magdalena, de quien habia echado siete demonios (2).* Aquí se ha de considerar la infinita caridad del Redentor en honrar á los

(1) Luc. xxiv, 5; Matth. xxviii, 7. — (2) Marc. xvi, 9.